

mos y las Ordenes religiosas dieron dinero; y el anciano mariscal de La Force instalóse en las gradas de las Casas Consistoriales recibiendo allí los enganches y los apretones de manos de los ganapanes que le decían: «Señor mariscal, quiero ir á la guerra con vos.» El infante, como si estuviera alarmado de su propia audacia, se detuvo en Corbie, mientras llegaban á París tropas y buen número de hidalgos y se organizaban los voluntarios. Cuando Luis XIII tuvo un ejército, se dirigió á Corbie, en donde no le esperó el cardenal infante, y recuperó la plaza. En el Este, los imperiales, mandados por Gallas y Juan de Werth, habían invadido la Borgoña sin encontrar resistencia, á pesar de lo cual se encarnizaron en tomar la pequeña plaza de Saint-Jean-de-Losne que era la llave del paso del Saona, y cuyos habitantes, auxiliados por algunos soldados, rechazaron todos los asaltos. Los invasores abandonaron el reino en 3 de noviembre.

El año de Corbie fué desgraciado en todas partes. Por el lado de los Pirineos, los españoles se apoderaron de San Juan de Luz (octubre de 1636) y los franceses no consiguieron, en un primer ataque, recobrar las islas Lerins que aquéllos habían ocupado para que sirvieran de escala á sus galeras entre Barcelona y Génova. En Alemania, el hijo de Fernando II, el archiduque Fernando, había sido elegido rey de los romanos; Richelieu no había logrado decidir á Maximiliano de Baviera á que presentase su candidatura enfrente de la del príncipe austriaco. Los católicos no estaban dispuestos á favorecer á los calvinistas ni á Francia, y los electores protestantes, satisfechos con las concesiones de la paz de Praga, permanecieron fieles á la casa de Austria. A la muerte de Fernando II (15 de febrero de 1637) sucedióle su hijo sin oposición.

En Italia, las victorias y los reveses se entremezclaban. El mariscal de Crequy no pudo conseguir del duque de Saboya que se encaminara con él á la Valtelina para juntarse con Rohán. Los franceses, después de la victoria de Tornavento, hubieron de repasar el Tessino (1636); y Víctor Amadeo, después de la de Monbaldone (8 de septiembre de 1637) no pudo apoderarse de Finale.

Víctor Amadeo murió en Vercelli, en 8 de octubre de 1637, dejando como sucesor un niño de cinco años llamado Jacinto; los mantuanos, con quienes contaba Richelieu, pretextaron, para mantenerse neutrales, la muerte del duque Carlos de Nevers (20 de septiembre de 1636) y el advenimiento de su nieto, que era todavía menor de edad; el duque de Módena, en vez de entrar en la liga, tomó las armas contra ella; y Urbano VIII amenazó á Eduardo Farnesio, duque de Parma y vasallo suyo, con excomulgarle si de ella no se salía.

En Valtelina, Rohán, después de haber dejado guarniciones donde hacían falta, no disponía más que de 3.000 hombres para hacer frente á los españoles por la parte del Milanesado y á los imperiales por la del Tirol. Apostado en Tirano, en medio del valle de la Valtelina, habiase dirigido primeramente contra los imperiales, y después de haberlos derrotado (3 de julio de 1635), había marchado contra los españoles obligándoles á retroceder. En noviembre repitió la misma maniobra con igual éxito contra sus enemigos aislados.

Al mismo tiempo, trabajaba para reconciliar á los

grisonos y á los valtelinos mediante concesiones recíprocas, y el tratado de Thusis (marzo de 1636), concertado por su mediación, permitía á los grisonos ir y venir por la Valtelina y hasta poseer en ella bienes y á los proveedores grisonos asistir á la elección de los jueces valtelinos. Pero Richelieu y el P. José substituyeron los artículos del tratado de Thusis por otros que nada decían de la estancia de los grisonos en el valle y que prohibían á sus proveedores permanecer en él más de dos meses. Estas enmiendas, para ser aceptadas, hubieran debido ir acompañadas de una buena suma de dinero; y muy al revés de esto, Priolo, á quien Rohán había enviado á la corte de Francia con el tratado, no pudo ni siquiera conseguir el pago de un millón de libras que, en concepto de pagas atrasadas, se debían á los grisonos auxiliares. El descontento de estos mercenarios se propagó á todos sus compatriotas y la dieta de Ilanz acordó tratar con los austriacos y deshacerse de las tropas francesas.

Rohán dió cuenta á Richelieu de lo que ocurría, y hasta cuatro meses después no le contestaron, y aun enviándole sólo 100.000 libras; insistió aquél y al fin la corte se decidió á aceptar el tratado de Thusis y á enviar 800.000 libras. Pero era demasiado tarde; el 18 de marzo de 1637, los grisonos habían tomado las armas y bloqueado á Rohán en el fuerte del Rhin; y el ejército de la Valtelina, falto de pan, no pudo ir á libertar á su jefe ni operar contra los españoles que entraban en el valle, y se vió obligado á evacuar la Valtelina y el país de los grisonos. La política católica no daba buenos resultados en Francia.

No prosperaron más, desde 1635 hasta 1637, los suecos, á quienes la derrota de Nordlingen había rechazado al Norte de Alemania y obligado á renunciar á la esperanza de instalarse en el Rhin. Su aliado, el landgrave de Hesse, Guillermo V, hubo de retroceder á Frisia, en donde murió en 1.º de octubre de 1637. El canciller Oxenstiern limitaba entonces sus ambiciones á hacer del Báltico un lago sueco, y esperaba que el emperador le cedería la Pomerania, que Gustavo Adolfo había quitado á Bogislao, ofreciendo la paz á cambio de esta cesión; pero en vista de que el emperador se negaba á despojar al elector de Brandeburgo, heredero de Bogislao, Oxenstiern envió contra él á Baner, el mejor general de Suecia, el cual derrotó á los austro-sajones en Wittstock (4 de octubre de 1636), invadió la Sajonia y cañoneó Leipzig, pero hubo de retirarse ante los imperiales (16 de febrero de 1637), retrocediendo hasta Torgau.

El elector de Brandeburgo, que de buena gana se habría abstenido de declararse contra los suecos ó contra el emperador, al morir Bogislao reclamó la herencia de éste; como respuesta á tal reclamación, Wrangel invadió sus Estados, le intimó la cesión de las dos plazas fuertes de Spandau y Custring, y en vista de su negativa, amenazó Berlín. Pero el invierno obligó á Wrangel á regresar, como Baner, á los acantonamientos de Pomerania.

### III.—Éxitos de Francia

Con ello terminaba un primer período confuso en el que Francia había logrado algunas victorias y no pocos fracasos. Bernardo de Sajonia Weimar, que hasta en-

tonces sólo había podido salir de Alsacia para regresar á ella casi inmediatamente, recibió dinero, reclutó soldados y tomando osadamente la ofensiva, en 1638 enero de 1638, pasó el Rhin, se apoderó de las ciudades forestales de Säckingen, Laufenburgo y Waldshut, y puso sitio á Rheinfelden, la más importante de aquellas cuatro cabezas de puente. Los imperiales acudieron en socorro de la plaza, pero Bernardo los derrotó haciendo prisionero al famoso Juan de Werth, quien, en el año de la toma de Corbie (1636), tanto miedo había inspirado á los parisenses (28 de febrero á 2 de marzo de 1638), entró en Rheinfelden y bloqueó Brisach, uno de los mejores pasos del Rhin y una de las llaves de la Alsacia, tomándola después de cinco meses de sitio (abril á diciembre de 1638).

Esta victoria de primer orden cerraba á los imperiales la entrada de Alsacia y obstruía el camino terrestre del Milanesado á los Países Bajos que había abierto nuevamente la defección de los grisonos. España vióse, pues, obligada para reforzar su ejército de los Países Bajos á servirse de la vía marítima.

En 1639, una nueva armada que conducía 20.000 hombres presentóse en la Mancha, en donde encontró la flota holandesa, refugiándose entonces en los puertos de Inglaterra. Desde el tratado de Susa firmado con Francia (1629), Carlos I, en lucha con sus súbditos, sólo había operado en Europa por medio de su diplomacia, pidiendo á todas las potencias el restablecimiento del hijo del Elector palatino y queriendo por este precio vender su protección á la flota española. Las negociaciones duraron mucho tiempo, tanto que el almirante holandés Tromp, que acechaba la salida de los buques enemigos, acabó por cansarse y los atacó cerca de Douvres, en aguas inglesas. 6.000 españoles solamente pudieron llegar á Dunkerque (21 de octubre de 1639).

Bernardo de Sajonia Weimar no se consideraba como un simple condottiero á sueldo de Luis XIII, sino que probablemente proyectaba constituirse un Estado independiente á orillas del Rhin, y de todos modos se negaba á ceder Brisach á Francia. Richelieu lo encontraba indócil y comenzaba á encontrarlo molesto; y cuando Bernardo le ofreció conquistar para él la Lorena y el Franco-Condado, se asustó y envió á Lorena á Feuquieres, el cual fué derrotado por Piccolomini (mayo de 1639) mientras intentaba apoderarse de Thionville.

La suerte favoreció á Richelieu. Bernardo murió (18 de julio de 1639) dejando un ejército de mercenarios que se vendía al mejor postor. Las tropas francesas que con aquel ejército hacían la campaña eran poco numerosas, pero iban mandadas por Guebriant, hidalgo bretón, valiente y enérgico, á quien querían mucho Bernardo y sus soldados. Este caudillo indujo al coronel De Erlach, gobernador de Brisach, y á los demás weimarienses á que se pasaran á Luis XIII (octubre de 1639), lo cual significaba, además, para el rey de Francia la adquisición de dos plazas fuertes, Brisach y Saverne.

Los suecos se habían puesto de nuevo en movimiento. Cuando Oxenstiern se hubo convencido de que el emperador no le cedería la Pomerania, estrechó su alianza con Francia, firmándose en Hamburgo, entre el conde de Avaux y Juan Salvins, consejero secreto de la reina de Suecia, un tratado de confederación que duraría tres

años (desde el 15 de marzo de 1638 al 15 de marzo de 1641) y por virtud del cual Luis XIII había de atacar por Alemania y la reina de Suecia por Sajonia y uno y otra «habían de hacer la guerra, en cuanto fuese posible, en las provincias hereditarias de la Casa de Austria.» El rey cristianísimo y la reina de Suecia, aquél en Colonia y ésta en Lubeck ó en Hamburgo, negociarían separadamente la paz general con sus enemigos y sus aliados, pero bajo condiciones sobre las cuales se habrían puesto previamente de acuerdo los representantes de las dos coronas, y saliendo Francia fiadora del tratado que se firmara en Lubeck ó Hamburgo y la reina de Suecia del que se concertara en Colonia.

Baner, alentado por los subsidios franceses, salió de Pomerania y rechazó á los imperiales mandados por Gallas; y después que hubo derrotado á los sajones en Chemnitz (14 de abril de 1639), devastó la Bohemia, la Silesia y la Moravia y nuevamente la Bohemia, realizando en ellas formidables invasiones que contrastaban con la marcha lenta de los ejércitos en aquellos ricos países del Rhin y de los Países Bajos, poblados de fortalezas. Sitiando estaba Praga, cuando se presentó el archiduque Leopoldo, hermano del emperador al frente de numerosas tropas; entonces Baner se retiró á Sajonia y de allí á Turingia, en donde llamó en su auxilio al ejército de Weimar. Este fué detenido en su marcha por el general bávaro Mercy y no pudo unirse á Baner; pero estableció sus cuarteles de invierno en la orilla derecha del Rhin, en el Alto Hesse (1639-1640), siendo aquella la primera vez que los franceses pasaban el río formando cuerpo de ejército. En unión de los weimarienses, los franceses se ensayaban para la gran guerra y procuraban combinar sus operaciones con las de los suecos.

Los Estados protestantes del centro de Alemania, libertados de los imperiales, habían de servir de lazo de unión entre unos y otros. Los Brunswick-Luneburgo, después de haberse adherido á la paz de Praga, volvían á armarse; y la viuda del landgrave de Hesse, Amelia Isabel de Hanau, que había entablado largas negociaciones con el emperador, cuando creyó llegado el momento favorable, renovó su alianza con Francia (22 de agosto de 1639). Los franco-weimarienses se pusieron en marcha durante la primavera de 1640 y en mayo se reunieron, ante los muros de Erfurth, con los cuerpos de ejército de Hesse, de Luneburgo y de Suecia.

En el Piamonte gobernaba, durante la menor edad de Jacinto, Cristina, la viuda de Víctor Amadeo, á la que Richelieu invitó á ratificar el tratado de Rívoli. Aquella hija de Enrique IV, francesa de corazón, que firmaba sus Edictos: «Cristina, hermana del rey cristianísimo, por la gracia de Dios duquesa de Saboya,» había de tener en cuenta, sin embargo, las susceptibilidades y la miseria de su pueblo y de buen grado habría permanecido neutral. Fomentaba estos sentimientos su confesor y consejero, el jesuita P. Monod, quien tenía el patronato de Richelieu y su casuística política. Pignerol y Casal, decía, son la prueba de que los reyes más justos, cuando se trataba de su interés, encontraban ministros que les hacían estimar justo lo injusto.

Cristina negoció secretamente una tregua con Leganés, gobernador de Milán. El mariscal de Crequy, á quien se dejó solo, fué muerto cuando trataba de soco-

rer una población sitiada por los españoles. El embajador francés en Turín, Miguel Particelli, señor de Emery, sorprendió el secreto de Cristina y lo comunicó a su gobierno, y entonces Richelieu significó a la duquesa que el Piamonte había de ser amigo incondicional ó enemigo. Cristina, ante tal intimación, ratificó el tratado de Rívoli (3 de julio de 1638); pero Richelieu, implacable, no se dió por satisfecho, sino que la obligó á encarcelar al P. Monod en Montmelián, primero, y más tarde en Miolans con los falsificadores, ladrones y asesinos (18 de mayo de 1640).

Á Jacinto, fallecido en 4 de octubre de 1638, sucedióle su hermano, Carlos Manuel II, niño de cuatro años y de compleción débil. Los hermanos de Víctor Amadeo, el cardenal Mauricio y el príncipe Tomás, que había regresado de los Países Bajos, aliáronse con España contra la regente y los franceses (marzo de 1639). Richelieu se cobró á muy alto precio su auxilio, haciéndose ceder Cherasco, Savigliano y Carmagnole; y aun pensaba, en el caso que muriera Carlos Manuel, poner en aquel trono en lugar del cardenal Mauricio, que era el heredero legítimo, á la hija mayor de Cristina que se casaría con el delfín, á cual objeto hacía que en París se dijese públicamente que una gran parte de la Saboya no estaba sometida á la ley sálica. Inmediatamente después, De Emery pidió Revel, y como el príncipe Tomás ocupara esta plaza antes de que llegase á ella la guarnición francesa, quiso que en compensación le cedieran Cavour; la duquesa respondió llorando que para conservar Cavour vendería, si era preciso, sus piedras preciosas: «Entonces, escribe Cristina, me replicó que mis lágrimas no defenderían el Estado, y otras mil impertinencias que vale más callar.»

El Piamonte en masa se sublevó; el cardenal Mauricio leyantó en armas Niza, Tomás se apoderó por sorpresa de Turín y ambos hermanos fueron proclamados por el Senado tutores del duque y administradores del Estado. Cristina, que se había encerrado en la ciudadela, fué socorrida por el duque de Longueville que dejó en ésta una guarnición francesa y se llevó á Catalina á Susa (5 de agosto de 1639).

Richelieu quiso explotar en beneficio de Francia los infortunios de Cristina, y á este efecto Luis XIII salió á recibir á su hermana en Grenoble, para arrancarle nuevas concesiones. El cardenal declaró á la regente que había de ceder Montmelián y traer al pequeño duque á Francia, pues de lo contrario el rey la abandonaría; Cristina, sin embargo, sólo consintió en admitir en Montmelián una guarnición mitad francesa.

El cardenal de La Valette, que mandaba el ejército del Piamonte y que falleció en septiembre de 1639, fué reemplazado por el conde de Harcourt, segundón de la casa de Lorena muy conocedor del arte de la guerra, que los franceses aprendían batiéndose.

De Harcourt puso sitio á Turín (10 de mayo de 1640) y Leganés le sitió á él en su campamento, de suerte que se sostenían allí tres sitios á la vez: la ciudad piamontesa bloqueaba la ciudadela que tenía una guarnición francesa; el conde de Harcourt sitiaba la ciudad; y Leganés sitiaba á Harcourt. Al cabo de cuatro meses Tomás pidió capitular (18 de septiembre de 1640) y se reconcilió con su cuñada; Mazarino, que había pasado al servicio de Francia, le hizo firmar un tratado

por el cual se ponía bajo la protección de Luis XIII y prometía declararse contra los españoles si éstos, en el espacio de tres meses, no restituían las plazas del Piamonte que ocupaban.

#### IV.—Victorias decisivas

Hasta entonces los golpes que España y Francia se asestaban no eran directos ó no habían sido decisivos. Los españoles se habían apoderado en octubre de 1635 de las islas Lerins, que los franceses habían recuperado en marzo de 1637; habían sitiado Leucate á la entrada del Langüedoc y sido rechazados por las milicias y la nobleza de la provincia (28 de septiembre de 1637). Los franceses, por su parte, habían intentado forzar la entrada de España en los dos extremos de los Pirineos. Condé atacó por tierra á Fuentes de Ebro, mientras Sourdis la bloqueaba por mar, y fué derrotado (7 de septiembre de 1638); al año siguiente ocupó Salses (19 de julio de 1639) que los españoles recobraron cinco meses después (24 de diciembre).

En los Países Bajos, el cardenal La Valette había tomado Landrecies (25 de julio de 1637) y La Capelle (20 de septiembre de 1637); pero en cambio, en 1638, el mariscal de Chatillón, que había sido derrotado delante de Saint-Omer por él sitiada, había fracasado también delante de Hesdin y se había limitado á apoderarse de Le Catelet. En mayo de 1639, Feuquieres sufre una derrota delante de Thionville; y en junio La Meilleraye, á quien su primo Richelieu, que quería hacerle mariscal de Francia, había facilitado hombres y cañones en abundancia, hizo capitular Hesdin.

El año 1640 se señaló por una gran victoria: los mariscales de La Meilleraye, de Chatillón y de Breze se apoderaron de Arrás, capital y baluarte del Artois (julio-agosto de 1640), con lo cual quedaba forzada la barrera de los Países Bajos.

Por desgracia los generales de Richelieu, salvo el conde de Harcourt, sólo eran capaces de dirigir un sitio. El único hombre que conocía el arte de la guerra en grande escala, Guebriant, personaje modesto y no pariente del ministro, servía en Alemania como jefe de un cuerpo de ejército auxiliar cerca de los generales suecos, yendo del Rhin al Elba, combinando sus movimientos con los de nuestros aliados y teniendo que amoldarse á los caprichos de Baner, que era un borracho, y que armonizar, de ser posible, los planes de los suecos con las instrucciones de su propio gobierno.

Suecos y franceses se juntan y se separan para juntarse de nuevo, y los españoles y los imperiales también se dan las manos; de suerte que tropas de todas naciones van y vienen continuamente de Este á Oeste, destacándose en medio de esta general confusión las formidables marchas de los suecos. Baner, reforzado por Guebriant, avanzó hacia Ratisbona, en donde el emperador había reunido la dieta para buscar el medio de restablecer la paz en Alemania (21 de enero de 1641); pero el peligro del deshielo le impidió pasar el Danubio sobre el hielo y asaltar la ciudad, retrocediendo entonces por la Bohemia y muriendo en Halberstadt (20 de mayo de 1641).

En junio de 1641, Guebriant y los suecos, con quienes se había reunido, derrotaron á los austro-bávaros

en Wolfenbittel, pero no pudieron evitar que ocuparan la línea del Weser. Los soldados, faltos de víveres, se amotinaron y los de Brunswick trataron con el emperador; el sueco Torstenson, enviado para reemplazar á Baner, cayó enfermo al llegar á Alemania (21 de enero de 1641), y Guebriant fué llamado á Francia.

1641 Cuando Luis XIII había ido en 1636 á sitiar Corbie, su hermano, Gastón de Orleans, el conde de Soissons y algunos otros señores de menos importancia habían resuelto aprovecharse de la confusión reinante en los campamentos para deshacerse de Richelieu. En Amiéns presentóseles una ocasión muy favorable para realizar su plan; pero á Gastón le faltó el valor y no dió la señal del asesinato. Fracasado aquel golpe, el conde de Soissons se había refugiado en Sedán, en el principado soberano del duque de Bouillón, y aun había obtenido de Luis XIII autorización para residir allí con la condición de que no conspirara. Durante cuatro años permaneció tranquilo, pero en 1641, al tener noticia del descontento que en todo el reino excitaba el aumento de los impuestos, creyó llegado el momento oportuno de tomar las armas contra el ministro. Los españoles le enviaron algunos miles de hombres mandados por Lamboy, y habiendo encontrado en La Marfée al mariscal de Chatillón, cargó contra la caballería de éste y la puso en fuga, pero murió en el combate (6 de julio de 1641).

Con su muerte, perdía la rebelión el único jefe capaz de dirigirla. Guebriant, nuevamente enviado á Alemania, pasó el Rhin y derrotó en Kempen á Lamboy, el vencedor de la batalla de La Marfée (17 de enero de 1642).

Algunos meses después, Guebriant hubo de defender una vez más la frontera del Norte. Richelieu había dado un ejército al conde de Guiche, de la casa de Grammont, que se había casado con una de sus sobrinas. Guiche fué derrotado en Honnecourt, cerca del Catelet (26 de mayo de 1642), por Francisco de Mello, que había sucedido al infante en el cargo de gobernador general de los Países Bajos; y Guebriant, cuya misión consistía en reparar las faltas de los demás, protegió Landrecies y luego volvió á Alemania para reunirse con los suecos.

Los acontecimientos de Inglaterra, de Cataluña y de Portugal prestaron mayores servicios á Richelieu que sus propios generales y sus ejércitos.

Los disturbios que en Escocia, país presbiteriano, provocó la introducción de la jerarquía y de la liturgia anglicana obligaban á Carlos I á presenciar impotente la explosión del poderío francés. Han acusado unos y disculpado otros á Richelieu de haber fomentado aquella agitación de la cual se aprovechaba. Dicese que en 1638 envió al conde de Estrades á Londres para obtener de Carlos I el compromiso de que permanecería neutral en el caso de que Francia y las Provincias Unidas atacaran las plazas marítimas de la Flandes, y que habiendo visto rechazada su pretensión, se había puesto de acuerdo con los covenantarios de Escocia; pero en realidad, si De Estrades estaba en Inglaterra en 1638, era sólo de paso y para dirigirse desde allí á Holanda (1). Lo único que positivamente se sabe es que

(1) I. Goll, *Recherches critiques sur l'authenticité des «Ambassades et négociations de M. le comte d'Estrades»*, «Rev. Hist.», tomo III (1877), págs. 285-296.

los escoceses solicitaron el auxilio de Luis XIII y que el gobierno inglés tenía algunas intrigas de parte de Francia; fuera de esto, todo lo demás son meras hipótesis.

Los disturbios de España favorecieron todavía más á Richelieu. Felipe II había dejado á Portugal su autonomía sin consolar á los portugueses del disgusto que les causaba tener el mismo rey que Castilla. Sufrían éstos las consecuencias de las guerras de España, pagaban impuestos muy pesados y se veían despojados de sus colonias por los holandeses; y además acusaban (quizás sin razón) á Olivares de querer suprimir sus Cortes nacionales y la independencia del reino, concediendo á algunos de sus diputados un puesto en las Cortes de Castilla. En 1637 hubo algunos disturbios en Evora. Era virreina de Portugal Margarita de Saboya, duquesa viuda de Mantua, pero quien gobernaba era el secretario de Estado, Miguel de Vasconcellos, portugués, hombre orgulloso y duro.

El partido nacional tenía por jefe natural al duque de Braganza, descendiente de aquella infanta Catalina cuyos derechos habían sido sacrificados á los de Felipe II, gran señor indolente y pacífico, pero instigado por una mujer enérgica y ambiciosa, Luisa de Guzmán, hermana del duque de Medina Sidonia, y admirablemente servido por su mayordomo Pinto Ribeiro, que estaba en relaciones con todos los descontentos.

La corte de España, alarmada por algunas reuniones de grandes señores portugueses, llamó á Madrid al duque de Braganza, el cual se vió ante la alternativa de rebelarse ó de sufrir un honroso destierro en Castilla. Sus partidarios le obligaron á adoptar el primer partido. El día 1.º de diciembre de 1640, un grupo de conjurados se presentó en el palacio, pasó por encima de la guardia castellana, asesinó á Vasconcellos y proclamó rey al duque con el nombre de Juan IV. Las demás ciudades portuguesas se sublevaron y las Cortes reunidas reconocieron al nuevo rey. Las tropas españolas que guarnecían Portugal habían sido enviadas fuera, no quedando allí más que reclutas portuguesas que se declararon en favor de Juan IV; lo propio hicieron las colonias portuguesas, gobernadas casi todas por nacionales, conservándose fiel á España únicamente Ceuta.

Felipe IV, cuyas tropas regulares estaban ocupadas muy lejos, hubo de hacer grandes esfuerzos para reclutar un pequeño ejército que ni siquiera pudo apoderarse de Olivenza. La guerra prosiguió débilmente durante los años 1641 y 1642, y los portugueses, aunque no se hallaban en condiciones de tomar la ofensiva, obligaban al rey de España á tener en sus fronteras fuerzas que habría podido utilizar en otras partes.

En enero de 1641, Juan IV había enviado á Luis XIII dos miembros de su consejo para anunciarle su advenimiento. Richelieu ya se había fijado anteriormente en Portugal, pues en 1635 el P. Carré, un dominico que le servía de espía, había escrito que los portugueses, al tener noticia del paso de la flota francesa mandada por Sourdis, decían: «¿Cuándo nos libraré el rey de Francia del Faraón de España?»

Richelieu acogió afablemente á los embajadores y ambos gobiernos convinieron (1.º de febrero de 1641) en hacer la guerra á España con todas sus fuerzas, obli-

gándose Francia á enviar una flota de veinte buques que, unida á la portuguesa, procuraría destruir la marina española. Sin embargo, Luis XIII se negó á comprometerse á no tratar con España sino de acuerdo con Portugal y aun á seguir ayudando á Juan IV después de concertada la paz, y únicamente ofreció poner durante las negociaciones de ésta, todo su cuidado en reservarse la libertad de socorrerle «con tal que los aliados de Su Majestad (cristianísima) consintieran en contraer al par de ella semejante obligación.» A cambio de esta vaga seguridad, el rey de Portugal se obligaba á no tratar con el rey de Castilla sin consentimiento de Luis XIII y de sus aliados.

Luis XIII hizo de mediador entre Holanda y Portugal. Juan IV quería una alianza, pero ésta era difícil de concertar porque los holandeses que, estando en guerra con los españoles, se habían apoderado de Malacca y Colombo (Ceylán), colonias portuguesas, y establecido en el Brasil, otra posesión portuguesa, se negaban naturalmente á restituir al Portugal emancipado lo que habían arrebatado al Portugal dependiente de España; por esto sólo consintieron en firmar una tregua por diez años (22 de junio de 1641), dejando aplazado el arreglo de las cuestiones coloniales.

Una escuadra francesa mandada por el marqués de Breze, sobrino de Richelieu, ancló delante de Lisboa en 6 de agosto de 1641, y este fué el único auxilio que del cardenal recibieron los portugueses.

Mayor apoyo prestó por la cuenta que le tenía á los sublevados catalanes. Carlos V había unido indisolublemente las coronas de Castilla y de Aragón, pero dejando á cada una de ellas su administración, su legislación y su gobierno propios. La misma corona de Aragón englobaba tres Estados autónomos, Aragón, Valencia y Cataluña, y los reyes de España, á su advenimiento al trono, iban desde Castilla, en donde residían, á hacerse reconocer por las Cortes en Zaragoza, Valencia y Barcelona, y juraban ante ellas mantener las leyes y costumbres de cada país; además, cada vez que solicitaban subsidios habían de reunir estos Estados generales. Felipe II, después que hubo reprimido la rebelión de Zaragoza (1592), había respetado estos privilegios y el régimen particularista de los tres miembros de la corona de Aragón.

En ésta, las libertades eran mucho mayores que en Castilla, en donde el impuesto había pasado á ser permanente. Cuando Felipe IV fué á Barcelona, en 1626, para hacerse reconocer, las Cortes de Cataluña, en vez de votar el impuesto, expusieron sus agravios de manera tan resuelta, que Olivares, atemorizado, hizo que la corte regresara precipitadamente á Castilla. Aquel carácter independiente irritaba á soberanos y á ministros acostumbrados á gobernar absolutamente en Castilla é inclinados á considerar Aragón, Valencia y Cataluña como simples provincias de la monarquía.

Por lo demás, estas poblaciones eran en extremo patriotas; así, cuando el ataque de Salses por los franceses, los catalanes habían reclutado y pagado tropas y se habían batido admirablemente. No se lo había agradecido, sin embargo, Olivares; al contrario, para humillarlos acantonó en la región, contrariamente á los fueros, las fuerzas que el marqués de Los Balbases, hijo del gran Espínola, había llevado para socorrer Salses. Los

soldados maltraron á sus huéspedes, saquearon iglesias y violaron mujeres; y en represalias, los habitantes asesinaron á los soldados aislados y cuando pudieron los atacaron en partidas. En Barcelona la irritación llegó á su colmo cuando el virrey de Cataluña, Santa Coloma, hizo encarcelar á dos concellers, un noble y un sacerdote, que fueron á exponerle las quejas del país.

Todos los años, en el mes de junio, acudían á Barcelona millares de montañeses para alquilarse como segadores á los propietarios del llano. Eran hombres violentos y llegaron en grupos, como de costumbre, la víspera del Corpus (7 de junio de 1640); muchos de ellos iban armados, hablaban en alta voz de la tiranía del virrey y de los excesos de los soldados, y miraban con expresión de cólera á los castellanos que al paso encontraban. Un tiro disparado en el aire desde el palacio del virrey para dispersar un grupo, fué la señal de la rebelión. Los montañeses, á los gritos de «¡Viva el rey! ¡Muera el mal gobierno de Felipe!», acometieron á los castellanos, persiguiéndolos hasta en las iglesias y asesinándolos; la milicia se unió á los amotinados contra los soldados, y la ciudad rompió el fuego contra las galeras genovesas al servicio de España que estaban ancladas en el puerto. Santa Coloma, que huía disfrazado, fué reconocido y muerto á puñaladas. Las escenas de Barcelona se reprodujeron en todo el principado, y las tropas, acosadas por los aldeanos, se retiraron al Rosellón, provincia catalana, en donde no fueron mejor acogidas. En Perpiñán, la ciudadela hubo de bombardear la ciudad para obligar á los habitantes á abrir sus puertas; esta población, Colliure y Salses fueron las únicas plazas rosellonesas que en su poder conservaron los españoles.

Los catalanes suplicaron á Felipe IV que dejara á su exclusivo cargo la defensa del país, que concediera una amnistía general y que retirara sus tropas. Olivares se negó á todo y Felipe IV reunió todas las fuerzas disponibles de España para castigar á los catalanes. Las Cortes de Cataluña votaron la insurrección y pidieron ayuda á los aragoneses y al mismo rey de Francia; Richelieu les envió Du-Plessis-Besançon, un ingeniero diplomático, que firmó con ellas un tratado de alianza perpetuo (16 de diciembre de 1640).

De Espenán, gobernador de Leucate, encargado de llevar un socorro á Tarragona y de defender esta plaza contra el marqués de Los Vélez, era un hombre inepto, que capituló en 22 de diciembre de 1640 y consintió en salir de Cataluña con todas sus tropas.

Du-Plessis-Besançon entró solo en Barcelona, resuelto «á perecer con los catalanes antes que renunciar á las esperanzas que había concebido, dice, de aprovechar una ocasión de tanta trascendencia para los intereses de esta corona (de Francia);» organizó los miembros de los gremios, los adiestró en las salidas, y se portó tan bien, que los barceloneses rechazaron un asalto general (23 de enero de 1641) y obligaron á Los Vélez á retroceder hasta Tarragona. Tres días antes (23 de enero) las Cortes habían depuesto á Felipe IV y elegido conde de Barcelona al rey de Francia, Luis XIII.

La-Mothe-Houdancourt, mariscal de Francia, fué enviado á Cataluña con un ejército (febrero de 1641) y puso sitio á Tarragona, mientras la bloqueaba por mar con sus buques el arzobispo-almirante Sourdis. Aquella

era la única plaza fuerte que Felipe IV poseía aún en Cataluña. La flota española sorprendió á Sourdis y le obligó á huir (20 de agosto de 1641). La-Mothe-Houdancourt levantó el sitio, y Sourdis cayó en desgracia.

En 1642, Richelieu dirigió sus principales esfuerzos contra las plazas que aun conservaban los españoles en el Rosellón, y el ejército francés tomó Colliure (abril de 1642) y sitió Perpiñán. La importancia de esta última ciudad, capital de provincia y fuertemente atrincherada, era tan grande, que el rey y su ministro salieron de París, á pesar de encontrarse enfermos, para dirigirse al campamento, adonde sólo llegó Luis XIII. Después de cinco meses de sitio, la ciudad capituló (9 de septiembre de 1642); el Rosellón quedaba libre de españoles y en la misma Cataluña no poseían éstos más que Tarragona.

Tales son los grandes éxitos del ministerio; pero no hay que olvidar que en ellos la casualidad tuvo su parte. Sin la rebelión de Cataluña y de Portugal, difícil es decir quién habría podido más, si Olivares ó Richelieu, porque los ejércitos de Luis XIII no estaban á la altura de su diplomacia, siendo grande el contraste que ofrecen la superioridad de ésta y los medianos éxitos de aquéllos. La marina, de la que Richelieu estaba orgulloso por ser obra suya, tampoco se había distinguido por sus acciones brillantes. A propósito del encuentro de Guetaria, en el que Sourdis incendió diez y ocho buques de transporte, dice el cardenal con cierto énfasis que el rey «redujo á cenizas todas las fuerzas que España pudo reunir en 1638 en el Océano.» La victoria que Armando Maillé de Breze, sobrino del ministro, alcanzó sobre la flota de las Indias (22 de julio de 1640), revela en ese joven un temperamento audaz de militar y de marino; pero ¿debe por ello poner su gloria, como hace Richelieu, por encima de la de los ingleses y de los holandeses que nunca habían podido derrotar aquella flota «por cual razón llevaba el nombre de Virgen?» Se ve que el creador de la marina de guerra, al emitir esta opinión, trataba de ilusionarse á sí mismo. La derrota sufrida en 1640 no impidió á los españoles derrotar al año siguiente la flota de Sourdis; pero la rebelión de Cataluña y la secesión de Portugal decidieron la contienda en favor de Francia, ya que España, dividida por luchas intestinas, sólo podía obrar en el exterior débilmente y con intermitencias.

En Italia, el conde de Harcourt obligó al príncipe Tomás, que nuevamente se había alzado en armas, á firmar la paz. Puso término á las negociaciones (octubre de 1641 á junio de 1642) un tratado que dejó la regencia á Cristina, dió á Tomás Yvrea 2.000 infantes y 1.000 jinetes y al cardenal Mauricio la lugartenencia general en el condado de Niza. Los franceses prometían restituir las plazas que ocupaban en el Piemonte inmediatamente después que los españoles hubieran hecho otro tanto, y los dos príncipes saboyanos ofrecían obligar á los españoles, aunque fuese violentamente, á proceder á la evacuación. Pero Mazarino, el plenipotenciario francés, sólo restituyó Cherasco y Savigliano, conservando Turín y todas las plazas importantes.

Los apuros de los Habsburgo de Madrid hicieron más tratables á los Habsburgo de Viena. La Dieta de

Ratisbona se había declarado favorable á la paz y había rogado al emperador que entablara negociaciones con Suecia y Francia.

Los plenipotenciarios de estas dos potencias, De Avaux y Salvins, habían renovado los compromisos del tratado de Hamburgo (30 de junio de 1641) y determinado que subsistieran hasta la paz general; luego esperaron en Hamburgo al representante del emperador, Lutzow, y firmaron con él en 25 de diciembre de 1641 unos preliminares que señalaban la fecha de 25 de marzo de 1642 para el comienzo de las negociaciones y designaban la ciudad de Múnster como punto de reunión de los representantes de Francia y del Imperio y la de Osnabruck para los del Imperio y Suecia. Richelieu creyó segura la paz en Alemania, de la cual habla en su «Testamento político» como de un hecho consumado.

Pero los pueblos habían de suspirar todavía mucho tiempo por este beneficio; se trataba de demasiados y demasiado graves intereses para que la diplomacia de entonces, tan lenta y tan formalista, resolviera el asunto tan rápidamente.

El acuerdo preparatorio de Hamburgo no hablaba de armisticio; continuaría, pues, la lucha durante las negociaciones, y de este modo los reveses y las victorias de los ejércitos repercutirían en Osnabruck y en Múnster influyendo en las exigencias de los diplomáticos. Pero ni siquiera se inauguró el Congreso en la fecha fijada, y continuó la guerra entre Francia, Suecia y el Emperador.

El nuevo jefe del ejército sueco, Torstenson, que era el mejor discípulo de Gustavo Adolfo, invadió la Silesia y la Moravia, y cuando hubo de retroceder hasta Sajonia, derrotó por completo á los austro-sajones cerca de Leipzig (2 de noviembre), entrando en esta ciudad un mes después. Al morir Richelieu, Suecia estaba instalada en Sajonia, á la entrada de Bohemia y de los Estados hereditarios de la Casa de Austria, como lo estaba Francia en la frontera del Milanesado y en plena España.

## CAPÍTULO VIII

### LAS IDEAS POLÍTICAS Y EL GOBIERNO DE RICHELIEU (1)

- I. Richelieu y la tradición. — II. Organización del poder. — III. Espíritu nuevo del gobierno

#### I. — Richelieu y la tradición

La monarquía, tal como la entendía la antigua Francia, no tenía más límites que los recursos de que disponía, ni más freno que la voluntad del príncipe. Ayudábanla á gobernar varios Consejos de los cuales el

(1) FUENTES: *Maximes d'Etat ou Testament politique d'Armand Du Plessis, cardinal duc de Richelieu* (en dos partes), 1764. *Lettres et mémoires du cardinal de Richelieu*. *Maximes d'Etat et Fragments politiques du Cardinal de Richelieu*, pub. por Gabriel Hanotaux, t. III de las *Mélanges historiques*, 1880, «Coll. Doc. inédits.» Cardenal Le Bret, *De la souveraineté du roy*, 1632. (G. Girard), *Histoire de la vie du duc d'Epemon, divisée en trois parties*, París, 1655. *Correspondance du cardinal de Sourdis*, pub. por Eugenio Sué, I, «Coll. Doc. inédits.»

OBRA DE CONSULTA: De Avenel, *Richelieu et la monarchie absolue*, I, 1895. Caillet, *L'administration en France sous le mi-*